

ya cerca vieron al amanecer una gran humareda (17) en el lugar donde estaban aposentados, que serían dos leguas adelante; y así aguijó con los suyos á gran furia pensando que los enemigos avisados de su venida se le huían, y quemaban los aposentos que había en un pueblo; y así era porque se huían después de prender fuego á aquella mísera población. Llegados los españoles á aquel lugar siguieron la huella de la gente por un valle muy llano, y según que los iban alcanzando topaban, porque venían más espacio con muchas mujeres, y muchachos en la retaguardia, y dejándoselos atrás para alcanzar á los hombres corrieron más de cuatro leguas, y alcanzaron algunos escuadrones de ellos. Como una parte de ellos vió á los castellanos desde algo lejos, tuvieron tiempo de tomar un monte y se salvaron en él, y otros, que fueron pocos, fueron muertos, quedando en poder de los cristianos (que por tener los caballos cansados no quisieron subir al monte) muchos despojos suyos, y mujeres y muchachos. Y como ya era llegada la noche volvieron á dormir á una aldea que dejaron atrás, y al día siguiente determinaron estos españoles seguir su camino la vuelta de Guzco tras de los Indios

[17] El original, *un gran fumo*; pero es errata de imprenta, según se advierte por el contexto y debe leerse *fumo*.

para tomarles ciertos puentes de red y no dejarlos pasar; pero por falta de pasturas para sus caballos se vieron obligados á volverse atrás, con gran disgusto del Gobernador porque á lo menos no habían seguido hasta quitarles aquellos puentes y no dejarlos pasar la vuelta del Cuzco, porque siendo gente forastera se temía que hicieran gran daño en los vecinos de aquellos lugares.

§ V

Nombran nuevos oficiales en la ciudad de Xauxa para fundar población de españoles, y habiendo tenido nueva de la muerte de Atabalipa, con mucha prudencia y arte para mantenerse en gracia de los indios, tratan de nombrar nuevo señor.

Y por esta causa, llegadas que fueron las cargas y la retaguardia que había dejado en Pombo, echó bando de que por cuanto tenía determinado fundar en aquella ciudad población de españoles en nombre de S. M., los que quisieran avecindarse allí podían hacerlo; pero no hubo ningún español que quisiera quedarse, diciendo que mientras estuviese fuera la gente de guerra con las armas en la mano por aquella tierra, no estarían los naturales de la provincia al servicio y sujeción de los españoles y obediencia de S. M. Visto esto por el Gobernador

determinó no perder por entonces el tiempo en aquel negocio, sino ir contra los enemigos la vuelta del Cuzco, para echarlos de aquella provincia y desbaratarlos del todo. En el intermedio, para poner orden en las cosas de aquella ciudad, fundó el pueblo á nombre de S. M. y creó oficiales para la justicia de él (18) que fueron ochenta, y los cuarenta de ellos fueron cuarenta caballos ligeros que dejó allí de guarnición con el tesorero para que guardase también el oro de S. M., dejándolo por su lugar teniente, y para que en todo fuese cabeza y tuviera el mando y suma del gobierno. En estas cosas vino á morir el cacique Atabalipa de su enfermedad, de lo que hubo mucho pesar el Gobernador y con él todos los demás españoles, porque cierto era muy prudente y tenía mucho amor á los españoles. Se dijo públicamente que el capitán Calichuchima le dió con que muriera porque deseaba que la tierra quedara por la gente de Quito y no por la natural del Cuzco ni por los españoles, y si aquel cacique viviera no hubiera podido lograr lo que deseaba. Al punto hizo llamar el Gobernador al capitán Calichuchima y á Tizas y á un hermano del cacique y á otros capitanes principales y caciques

[18] Parece que faltan aquí algunas palabras, como y de sus vecinos, u otras equivalentes.

que eran venidos de Caxamalca, á los cuales dijo, que debían saber bien que él les había dado por señor á Atabalipa, y que siendo muerto, ellos debían pensar á quien querían por señor, que él se los daría. Hubo entre ellos gran diferencia sobre esto, porque Calichuchima quería que fuese señor el hijo de Atabalipa Aticoc, y hermano del cacique muerto, y otros señores que no eran de la tierra de Quito querían que el señor fuera natural del Cuzco, y proponían un hermano carnal de Atabalipa. El Gobernador dijo á los que querían por señor al hermano de Atabalipa que lo mandaran llamar, y que cuando viniera si hallaba que era sujeto de valer, lo nombraría, y con esta respuesta se acabó aquella junta. Y habiendo llamado de parte del Gobernador al capitán Calichuchima le dijo estas palabras: «Ya tú sabes que amaba yo mucho á tu señor Atabalipa, y hubiera querido que pues murió y dejó hijo, éste fuera señor, y que tú ya que eres hombre prudente hubieras sido su capitán hasta tanto que estuviera en edad de gobernar sus señoríos, y por esto deseo tanto que se le mande llamar presto, porque por amor de su padre lo amo mucho y á tí asimismo. Pero junto con esto ya que todos estos caciques que están aquí son tus amigos y tienes mucha influencia en los

soldados de su nación, será bien que les mandes mensajeros para que vengan de paz, porque no quisiera encruelecerme contra ellos y matarlos como ves que lo voy haciendo, cuando deseo que las cosas de estas provincias estén quietas y pacíficas.» Este capitán tenía gran deseo, como se ha dicho, que el hijo de Atabalipa fuera señor, y conociéndolo el Gobernador le dijo con arte estas palabras, y le dió esta esperanza: no porque tuviera ánimo de hacerlo (19) sino para que entre tanto que aquel hijo de Atabalipa venía para este efecto, hiciera que aquellos capitanes de guerra que habían tomado las armas vinieran de paz. Se acordó asimismo que él dijese á Aticoc y á los otros señores de la provincia del Cuzco, que les daría por señor al que ellos quisiesen; porque era menester que así se gobernara en el estado que estaban las cosas para estar bien con todos. A Calichuchima trataba de dar palabras para que hiciera venir las gentes que estaban en el Cuzco con las armas á dejarlas, porque no hiciesen daño en las gentes del país, y á los del Cuzco para que fueran amigos verdaderos de los cristianos

[19] Es digna de admiración la candidez ó descaro con que el secretario Sancho confiesa y aun elogia la mala fe de Pizarro en varios lugares de su relación, la cual escribía por orden de Pizarro y para que éste la revisara, firmara y enviara al rey.

y les dieran aviso de lo que trataban los enemigos y de todo lo que se hacía en la tierra, y por esta causa y otras decía esto el Gobernador con mucha prudencia. Calichuchima, á lo que mostró, recibió tanto contento de estas palabras, como si lo hubieran hecho señor de todo el mundo, y respondió que haría todo lo que mandaba y que holgaría mucho de que los caciques y soldados vinieran de paz, (20) y que despacharía mensajeros á Quito para que el hijo de Atabalipa viniera; pero que temía que lo estorbaran dos grandes capitanes que estaban con él, que no lo dejarían venir; que no obstante eso mandaría tal persona con la embajada que pensaba que todos se conformarían con su voluntad. Y luego añadió: "Señor, pues quieres que yo haga venir estos caciques, quitame de encima esta cadena porque viéndome con ella no querrán obedecerme." El Gobernador para que no sospechara que fuese fingido lo que le había dicho, le dijo que era contento de hacerlo, pero con la condición de que había de ponerle guardia de cristianos hasta que hiciera venir de paz aquellos soldados que es-

[20] El original: *che haurebbe dato rame che i Capitani etc. soldati fossero venuti alla pase*. El significado de la voz *rame* es oscuro: como á veces significa *dinero*, de donde viene la frase vulgar *questo sa di rame*, para indicar que una cosa es cara, me pareció que podía adoptarse la interpretación que le doy aunque no me deja satisfecho

taban de guerra y viniera (21) el hijo de Atabalipa. Él quedó satisfecho con esto y así fué suelto, y el Gobernador le puso una buena guardia, por ser aquel capitán la llave para tener la tierra pacífica y sujeta. Tomada esta providencia y ordenada la gente que había de ir con el Gobernador la vuelta del Cuzco, que eran cien caballos y treinta peones, mandó á un capitán que con sesenta de á caballo y algunos peones fuera por delante para reponer los puentes que estuvieran quemados, y el Gobernador se quedó mientras á dar orden en muchas cosas convenientes á la ciudad y á la República que había de dejar ya como fundada, y para esperar la respuesta de los cristianos que había mandado á la costa para ver los puertos y poner cruces en ellos, por si alguno viniera á reconocer la tierra.

§ VI

Descripción de los puentes que los indios acostumbran hacer para pasar los ríos; y de la trabajosa jornada que tuvieron los españoles en la ida al Cuzco, y de la llegada á Panarai y á Tarcos, ciudad de los indios.

Se partió este capitán el jueves con los que habían de seguirle, y el Gobernador con

[21] El original, *veduto*, pero me parece errata por *venuto*.

la demás gente, y Chilichuchima y su guardia el lunes siguiente: de mañana estuvieron todos á punto de armas y de todas las cosas necesarias, por ser largo el viaje que habían de hacer y quedarse todas las cargas en Xauxa, por no ser conveniente llevarla consigo en esta jornada. Caminó el Gobernador dos días por un valle abajo, á la orilla del río de Xauxa que era muy deleitable y poblada de muchos lugares, y al tercer día llegó á un puente de redes que está sobre el dicho río, el cual habían quemado los soldados indios después que hubieron pasado; pero ya el capitán que había ido por delante había hecho que los naturales lo repusieran. Y en las partes en que hacen estos puentes de redes, donde los ríos son crecidos, por estar poblada la tierra adentro lejos del mar, casi no hay indio alguno que sepa nadar, y por esta causa aunque los ríos sean pequeños y se puedan vadear, no obstante les echan puentes, de este modo; que si las dos orillas del río son pedregosas levantan en ellas una pared grande de piedra y después ponen cuatro bejucos (*stanghe*) que atraviesan el río, gruesos de dos palmos ó poco menos, y en el medio figura á manera de zarzo entretejen mimbres verdes gruesos como dos dedos bien tejidos, de suerte que unos no queden más flojos que

otros, atados en buena forma, y sobre éstos ponen ramas atravesadas de modo que no se ve el agua y de esta manera es el piso del puente. Y de la misma suerte tejen una barandilla en el bordo del puente con estos mismos mimbres, para que nadie pueda caer en el agua de lo cual no hay á la verdad ningún peligro bien que al que no es práctico parece cosa peligrosa el haberlo de pasar, porque siendo el trecho grande se dobla el puente cuando pasa uno por él, que siempre va uno bajando hasta el medio, y desde allí subiendo, hasta que acabe de pasar á la otra orilla, y cuando se pasa tiembla muy fuerte, de manera que al que no está á ello acostumbrado se le va la cabeza. Hacen de ordinario dos puentes juntos, porque dicen que por el uno pasan los señores, y por el otro la gente común. Tienen en ellos sus guardas, y el cacique señor de toda la tierra las tiene allí de continuo, para que si alguno le hurtara oro ó plata ú otra cosa, á él ó á otro señor de la tierra no lo pudiera pasar; y los que guardan estos puentes tienen cerca sus casas y de continuo tienen á mano mimbres y zarzos y cuerdas para componer los puentes cuando se van estropeando y hacerlos de nuevo si menester fuera. Pues las guardas que estaban en este puente cuando pasaron los indios que lo quema-

ron escondieron los materiales que tenían para reponerlo, porque de otra manera lo hubieran asimismo quemado, y por esta razón lo hicieron en tan poco espacio para que pasaran los españoles. Los caballos españoles y el Gobernador pasaron por el uno de estos puentes, aunque por estar fresco y no bien ordenado tuvieron mucho trabajo, porque por haber pasado por allí el capitán que iba adelante con los sesenta caballos se habían hecho muchos agujeros, y estaba medio desbaratado. Todavía pasaron los caballos sin que peligrase ninguno, aunque casi todos cayeron porque se movía el puente y temblaba todo, pero como se ha dicho estaba el puente hecho de manera que aunque doblasen los cuatro pies no podían caer abajo al agua. Pasados que fueron todos, el Gobernador acampó en unas arboledas que había allí por donde pasaban muchos hermosos arroyos de agua hermosa y limpia. Prosiguieron después su viaje andando dos leguas por la orilla de aquel río por un valle estrecho, que tenía montañas altísimas de uno y otro lado, y en partes tiene este valle por donde pasa el río tan poco espacio, que hay tanto camino entre el pie del monte y el río como un tiro de piedra, y en otros lugares por la cuesta de la montaña poco más. Pasadas dos leguas de este valle

se encontró otro puente pequeño sobre otro río por el que pasó toda la gente de á pie, y los caballos lo vadearon, tanto por estar el puente maltratado como por estar el agua baja en aquel tiempo. Pasado el río se comenzó á subir una montaña asperísima y larga, toda hecha de escalones de piedra muy menudos. Aquí trabajaron tanto los caballos que cuando acabaron de subirla se habían desherrado la mayor parte, y tenían gastados los cascos de los cuatro pies. Subida aquella montaña que duraría hasta media legua, andando en la tarde otro pedazo por una cuesta, llegó el Gobernador con esta gente á una aldea, que habían saqueado y quemado los indios enemigos, y por eso no se halló en ella gente ni maíz, ni otro mantenimiento, y el agua estaba muy lejos porque los indios habían roto las cañerías que venían á la ciudad, que fué un gran mal, y de mucha incomodidad para los españoles, porque por haber aquel día hallado el camino áspero, trabajoso y largo tenían necesidad de buen alojamiento. Se partió de aquí el Gobernador al otro día, y fué á dormir á otro pueblo, que aunque era muy grande y bueno, y lleno de muchos aposentos, se halló en él tan poco refrigerio como en el pasado: y este pueblo se llama Panarai. Se maravilló mucho el Gobernador

con los españoles de no hallar aquí ni mantenimiento ni cosa alguna, porque siendo este lugar de un señor de los que habían estado con Atabalipa y con el señor muerto en compañía de los cristianos, había venido de continuo en compañía suya hasta Xauxa, y dijo que quería adelantarse para aparejar en esta tierra suya vituallas y otras cosas necesarias para los españoles, y no hallándose aquí ni él ni su gente se tuvo por cierto que la comarca estaba alzada, y no habiéndose tenido carta ninguna del capitán que iba por delante con los sesenta de á caballo, salvo una en la que hacía saber que andaba tras de los indios enemigos, se temía que los contrarios le hubiesen tomado algún paso, de manera que no pudiera venir ningún mensajero suyo. Los españoles buscaron tanto que hallaron algún maíz y ovejas, con lo que pasaron aquella noche, y al otro día á buena hora se partieron y llegaron á un pueblo llamado Tarcos, donde se encontró al cacique señor de la tierra con alguna gente, el cual dió aviso del día que habían pasado por allí los cristianos y que caminaban á pelear con los enemigos que tenían asentados sus reales en una población vecina. Recibieron todos grande placer con esta noticia, y con haber hallado buena acogida en aquel lugar, porque el ca-

cique había hecho traer á la plaza una buena cantidad de maíz, leña, ovejas y otras cosas de que tenían gran necesidad los españoles.

§ VII

Prosiguiendo su viaje tienen aviso enviado por los cuarenta caballeros españoles, del estado del ejército indio, con el cual victoriosamente habían combatido.

A otro día, que fué sábado día de Todos Santos, el fraile que estaba con esta compañía, dijo misa por la mañana, según es costumbre decirla en semejante día, y después se partieron todos y caminaron hasta llegar á un río caudaloso tres leguas adelante siempre bajando de la montaña con bajada áspera y larga. Este río tenía asimismo un puente de red que por estar roto fué preciso vadear el río, y después se subió otra montaña muy grande, que mirándola de alto á bajo parecía cosa imposible que los pájaros pudieran llegar volando por el aire, cuanto menos subirla por la tierra hombres de á caballo, pero se les hizo menos pesado el camino porque se iba subiendo en caracol y no derecho; bien que la mayor parte eran escalones grandes de piedra que fatigaban mucho á los caballos y se les gasta-

ban y lastimaban los cascots, aunque los llevaban por la brida. De este modo se subió una legua larga, y se anduvo otra por una ladera de camino más fácil, y á la tarde llegó el Gobernador con los españoles á una población corta, de la que estaba quemada una parte, y en la otra parte que había quedado sana se aposentaron los españoles, y á la tarde llegaron dos correos indios enviados por el capitán que iba adelante. Los cuales trajeron por cartas noticias al Gobernador, como era llegado con gran diligencia á la tierra de Parcos, la que había dejado atrás, porque habiendo tenido aviso que estaban aquí los capitanes con toda la gente enemiga, no los encontró allí, y tuvo nueva cierta de que se habían retirado á Bilcas, y por lo tanto caminó adelante con su gente hasta llegar cinco leguas de Bilcas donde esperó la noche, y marchó en secreto para no ser sentido de ciertas espías que estaban puestas á una legua de Bilcas. Y habida nueva que los enemigos estaban dentro de un pueblo sin tener noticia alguna de su venida, se alegró mucho el capitán, y subida una montaña donde estaba aquel lugar, harto difícil, al amanecer entró dentro y entró aposentada alguna gente con poco recaudo. Los caballos españoles comenzaron á dar sobre ella por las plazas hasta

tanto que entre muertos y huidos no quedó persona alguna, porque había pocos soldados indios que se habían retirado á una montaña aparte del camino, los cuales luego que aclaró el día y vieron á los españoles, se juntaron en escuadrones viniendo contra ellos diciéndoles, *Ingres*, el cual nombre tienen ellos por muy afrentoso, siendo esta una gente despreciable que vive en las tierras calientes de la costa del mar, y por ser aquella provincia región fría é ir los españoles vestidos y cubiertas sus carnes, les llamaban ellos *Ingres*, amenazándolos con que los harían sus esclavos por ser pocos, que no llegaban á cuarenta, y desafiándolos les decían que bajaran allá abajo á donde ellos estaban. El capitán aunque conocía que estaba en mal lugar para pelear con los caballos, de que poco se podían valer los españoles, no obstante para que los enemigos no pensaran que el no pelear era por falta de ánimo, tomó consigo treinta caballos y dejando los otros en guarda del pueblo bajó abajo contra ellos por una espesura (22) del monte y una cuesta muy penosa. Los enemigos lo aguardaron animosamente y en el choque mataron un caballo, hiriendo otros dos, pero al fin siendo todos des-

[22] El original *serrata*, que también puede traducirse *angostura*

baratadon huyeron unos por una parte y otros por otra del monte, camino muy áspera por donde los caballos no pudieron seguirlos ni hacerles daño. En esto se vino á juntar con ellos un capitán que se había huido del pueblo, que habiendo sabido de ellos que habían muerto un caballo y herido dos, dijo, «volvamos atrás y peleemos con éstos hasta que no quede uno á vida, que son pocos,» y al punto se revolvieron todos con más ánimo y mayor ímpetu que antes, y en esto se trabó una reñida batalla mayor que la primera. Al cabo huyeron los indios y los caballos los siguieron por todas partes del monte mientras que pudieron. En estos dos encuentros quedaron muertos más de seiscientos hombres y se cree que también murió Maila, el uno de los capitanes, porque todos los indios lo dijeron, y los de su parte cuando mataron el caballo le cortaron la cola y puesta en una lanza la llevaban por delante á guisa de estandarte. Les hizo asimismo saber que pensaba reposar aquí tres días por consideración á los cristianos y caballos heridos, y después partirían para tomarles antes de todo un puente de redes que había allí cerca, para que los enemigos fugitivos no lo pasaran y fueran á juntarse con Quizquiz en el Cuzco y con la guarnición de gente que tenía, la cual se decía que

esperaba á los españoles en un mal paso cerca del Cuzco; pero que aun cuando fuese mucho más malo, esperaban en Dios que según el lugar en que habían tenido aquella batalla, tierra tan áspera y pedregosa, no se podrían defender de ellos *los indios* en ninguna otra parte por difícil y trabajosa que fuese, ni ofender á los españoles en ningún mal paso; y que salido de aquí y pasado el puente que está á tres leguas del Cuzco, allí esperaría al Gobernador como le había informado, y que tuviera entendido que con indios ligeros le daría aviso de cuanto le aconteciera.

§ VIII

Después de varias incomodidades sufridas en el viaje, habiendo pasado las ciudades de Bilcas y de Andabailla, antes de llegar á Airamba tienen cartas de los españoles por las cuales le mandan un socorro de treinta caballeros.

Habiendo recibido esta carta el Gobernador y todos los españoles que con él estaban, hubieron infinito contento de la victoria que había alcanzado el capitán, y al instante la mandó junta con otra á la ciudad de Xauxa al tesorero y á los españoles que se habían quedado allí, para que participaran con ellos del contento por la victoria del ca-

pitán. Y asimismo mandó correos al capitán y á los españoles que estaban con él agradeciéndoles mucho la victoria que habían alcanzado, rogándoles y aconsejándoles que en estas cosas se gobernasen más bien por la prudencia que por la confianza en su fuerza, y que de todas maneras le esperara pasado el último puente, para que después entrasen todos juntos en la ciudad del Cuzco. Hecho esto partió el Gobernador al día siguiente que fué de camino áspero y fatigoso, de montañas pedregosas y subidas y bajadas, de escalones de piedra, que todos creyeron que con dificultad podrían sacar de ellas los caballos, considerando el camino andado y por andar. Fueron á dormir aquella noche á un pueblo que estaba de la otra parte del río, el que tenía asimismo un puente de red: los caballos pasaron por el agua y la gente de á pie con los criados de los cristianes por el puente. El día siguiente tuvieron buen camino junto al río donde encontraron muchas salvaginas, ciervos y gamusas, y aquel día llegaron á hospedarse en ciertos aposentos cercanos á Bilcas, donde el capitán que iba por delante había hecho *alto* para caninar por la noche y entrar en Bilcas sin ser sentido cómo entró, y aquí se recibió otra carta suya, donde decía que había partido de Bil-

cas hacía dos días, y era llegado á un río cuatro leguas adelante, al que había vadeado por estar quemado el puente, y aquí había entendido que el capitán Narabaliba andaba huyendo con unos veinte Indios y que se había encontrado con dos mil Indios que le había mandado de socorro el capitán del Cuzco, los cuales como supieron la derrota de Bilcas se volvieron huyendo con él, tratando de ir á juntarse con las reliquias esparcidas de los que huían, esperándolos en una población llamada Andabailla, y que él estaba resuelto á no detenerse hasta encontrarse con ellos. Entendidas estas nuevas por el gobernador pensó mandarle socorro, pero luego no lo hizo porque consideró que si se había de dar la batalla ya estaría dada, y no llegaría á tiempo, y más bien determinó no detenerse ni un solo día hasta que lo alcanzara, y de este modo se partió para Bilcas donde entró el día siguiente temprano, y por aquel día no quiso andar más adelante. Está puesta esta ciudad de Bilcas en un monte alto, y es gran pueblo y cabeza de provincia. Tiene una hermosa y gentil fortaleza: hay muchas casas de piedra muy bien labradas y está medio camino de Xauxa al Cuzco. A otro día fué el Gobernador á dormir de la otra parte del río á cuatro leguas de Bilcas, y aun-

que fué la jornada corta fué no obstante trabajosa, que todo fué bajar por una montaña, casi toda de escalones de piedra y la gente vadeó el río con mucha fatiga porque iba muy crecido, y asentó su campo de la otra banda entre unas arboledas. Apenas era llegado aquí el Gobernador cuando recibió una carta del capitán que iba á la descubierta, en la que le daba á entender que los enemigos habían pasado cinco leguas adelante y esperaban en la falda de un monte en una tierra llamada Curamba, y que allí había mucha gente junta y habían hecho muchos reparos y puesto gran cantidad de piedras para que los españoles no pudiesen subir. El Gobernador entendido esto, aunque el capitán no le pedía socorro creyendo que lo necesitaría ahora, hizo al punto que se alistase el Mariscal D. Diego de Almagro con treinta caballos ligeros bien en orden de armas y caballos, y no quiso que llevara consigo peón alguno, porque le mandó que no se detuviera para nada hasta que alcanzara al capitán que iba adelante con los otros, y habiendo partido partió asimismo el Gobernador, al día siguiente con diez de á caballo y los veinte peones *que* guardaban á Chilichuchima y apretó tanto el paso aquel día que de dos jornadas hizo una. Ya que estaba para lle-

gar al pueblo donde había de dormir llamado Andabailla, vino un Indio huyendo á decir que en cierta subida del monte que señaló con el dedo se había descubierto gente de guerra enemiga, por lo que el Gobernador así armado como estaba á caballo con los españoles que tenía consigo, fué á tomar lo alto de aquella cuesta y la registró toda sin hallar la gente que el Indio había dicho, porque aquella era gente natural de la tierra que venía huyendo de los Indios de Quito, porque le hacían grandísimo daño. Llegado el Gobernador y la compañía á aquel pueblo de Andabailla cenaron y reposaron aquella noche; y á otro día llegaron al pueblo de Airamba donde había escrito el capitán que estaba junta la gente armada para esperarlos en el camino.

§ IX

Llegados á un pueblo encuentran mucha plata en tablas de veinte pies de largo. Prosiguiendo su viaje tienen cartas de los españoles del reñido y adverso combate que habían sostenido contra el ejército de los Indios.

Aquí se hallaron dos caballos muertos de donde se hubo sospechado que al capitán le hubiese sucedido alguna desgracia; pero entrados en el pueblo, por una carta que lle-

gó antes de que se aposentaran, se supo cómo el capitán había encontrado aquí gente de guerra y que por ganar la montaña había subido una cuesta donde había encontrado gran cantidad de piedra junta, señal de que quisieron aguardar aquí, y que andaban en busca de los Indios porque tenían noticia de que no estaban muy lejos y que los dos caballos eran muertos de tanto calentarse y resfriarse. No escribió cosa alguna del socorro que le había mandado el Gobernador, por lo que se consideró que no le habría llegado todavía. Se partió de aquí á otro día el Gobernador y fué á dormir á un río cuyo puente habían quemado los enemigos, de manera que fué preciso vadearlo con mucha fatiga, porque la corriente era crecida y el fondo del río muy pedregoso. Otro día fué á dormir á una villa en cuyos aposentos se encontró mucha plata en tablonces grandes de veinte pies de largo, uno de ancho y de un dedo ó dos de grueso; y contaron los Indios que aquí estaban, que aquellos tablonces fueron de un gran cacique, y que uno de los señores del Cuzco los ganó y se los llevó así en tablas, con las que el cacique vencido había hecho una casa. El día siguiente partió el Gobernador para pasar el puente del último río que era casi tres leguas de allí. Antes que

llegara á aquel río, vino un mensajero con una carta del capitán, en la que avisaba cómo era llegado á aquel último río con mucha diligencia para que los enemigos no tuvieran lugar de quemar el puente; pero al tiempo que llegó lo habían acabado de quemar, y por ser ya tarde no quiso pasar el río aquel mismo día, sino que se fué á quedar en una aldea que estaba al par de él. A otro día pasó el agua que daba al pecho de los caballos y siguió su camino derecho al Cuzco que estaba de allí doce leguas; y como en el camino fué informado que en una montaña inmediata se habían hecho fuertes todos los enemigos esperando que al día siguiente viniera Quizquiz en su ayuda con refuerzo de gente que tenía en el Cuzco para juntarse con ellos, por esta causa había aguijado con gran presteza con cincuenta caballos, porque los diez los había dejado guardando las cargas y cierto oro que se halló en la rota de Bilcas; y un sábado á hora de medio día empezaron á subir una montaña á caballo, y siendo larga que duraba bien una legua de camino, fatigados de la subida áspera y del calor del medio día, que era muy grande, se pararon un rato y dieron á los caballos maíz, que tenían por habérselo traído los naturales de un pueblo vecino, y prosiguien-

do su camino el capitán que iba delante de los otros como un tiro de ballesta, vió los enemigos en lo alto de la montaña que la cubrían toda, y que tres ó cuatro mil bajaban para abajo para pasar por donde estaban ellos: por lo que habiendo llamado á los españoles para ordenarlos en batalla no pudo esperar á juntarlos, porque los Indios ya estaban cerca, y venían contra ellos animosamente; pero con los que halló aparejados se adelantó á darles batalla, y los españoles que iban llegando subían por la cuesta del monte, unos por una parte y otros por otra; entraron entre los enemigos que tenían delante sin atender mucho al principio á pelear sino á defenderse de las piedras que les tiraban, hasta que subieron á lo alto del monte en que veían consistir la victoria cierta. Los caballos estaban tan cansados que no podían tomar resuello para poder dar con ímpetu sobre tanta multitud de enemigos, y no cesando éstos de incomodarlos y hostigarlos de continuo con sus lanzas, piedras y flechas que les tiraban los fatigaron á todos de tal manera que apenas podían llevar los caballeros sus caballos al trote y algunos al paso. Percibiendo los Indios el cansancio de los caballos, comenzaron á cargar con mayor furia, y á cinco cristianos cuyos ca-

ballos no pudieron subir á lo alto cargó tanto la muchedumbre que á dos de ellos les fué imposible apearse y los mataron encima de sus caballos. Los otros pelearon á pie muy valerosamente, pero al cabo no siendo vistos de los compañeros que hubieran podido socorrerles, quedaron *prisioneros* allí, y sólo uno de ellos fué muerto sin poder echar mano á la espada ni defenderse, antes fué causa de que quedase muerto con él un buen soldado, porque se había agarrado á la cola de su caballo que no lo dejó pasar adelante con los otros. Les abrieron á todos la cabeza por medio con sus hachas y porras; hirieron diez y ocho caballos y seis cristianos; pero no de heridas peligrosas, que sólo un caballo de éstos murió. Plugo á Dios Nuestro Señor que los españoles ganaran un llano que había en aquel monte y los Indios se recogieron á una colina inmediata. El capitán mandó que la mitad de los suyos quitasen los frenos á los caballos y les dieran de beber en un arroyo que pasaba por allí, y que luego hicieran lo mismo los otros, lo que se hizo sin que lo estorbaran para nada los enemigos. Después dijo á todos el capitán; "Señores vámones de aquí todos paso á paso por esta ladera de modo que los enemigos entiendan que huimos de ellos, para que nos vengan á buscar abajo,

que si podemos traerlos á este llano daremos todos de golpe sobre ellos de manera que espero que ninguno se ha de escapar de nuestras manos, porque nuestros caballos están ya algo descansados, y si los ponemos en fuga acabaremos de ganar lo alto del monte:" y así fué, que pensando los Indios que los españoles se retiraban bajaron abajo algunos de ellos tirándoles piedras con sus hondas y flechas. Visto por los cristianos ser ya tiempo volvieron las riendas á sus caballos, y antes que los Indios pudieran recogerse al monte donde antes estaban fueron muertos unos veinte, lo que visto por ellos y como era poco seguro el lugar donde se hallaban, dejaron aquel monte y se fueron retirando á otro más alto. El capitán con los españoles acabó de subir á lo alto del monte, y aquí por ser ya noche acampó con su gente, y los Indios acamparon asimismo á dos tiros de ballesta, de manera que en cada campo se oían las voces del otro. El capitán hizo curar á los heridos y apostó rondas y centinelas para la noche, y mandó que todos los caballos estuvieran ensillados y con los frenos puestos hasta el día siguiente en que había de pelear con los Indios; y trató de animar é infundir valor á los suyos diciéndoles «que de todos modos era menester dar en ellos

á la mañana siguiente sin aguardar un instante, porque había tenido nueva de que el capitán Quizquiz venía á los enemigos con un gran refuerzo, y que de ninguna manera convenía esperar á que se juntaran.» Mostraron todos tan grande ánimo y esfuerzo como si tuvieran la victoria en la mano, y todavía los confortó el capitán diciéndoles, «que tenía por más peligrosa la jornada del día pasado que la que les aguardaba al siguiente y que Dios Nuestro Señor como les había librado del peligro pasado así les daría victoria en lo de adelante, y que mirasen que si el día anterior estando sus caballos tan cansados habían atacado á los enemigos con desventaja, y los habían desbaratado y echado de sus fortalezas, no pasando ellos de cincuenta, y siendo los enemigos más de ocho mil, ¿qué no debían esperar estando frescos y descansados?» Con estas y otras pláticas animosas se pasó aquella noche, y los Indios se estaban en su campo dando grandes voces y diciendo, "esperad, cristianos á que amanezca que todos habéis de morir á nuestras manos y os quitaremos los caballos con cuanto tenéis," añadiendo palabras injuriosas, según suena en aquella lengua, teniendo determinado entrar á combatir á los cristianos luego que amaneciera, creyéndolos cansados

y á sus caballos por el trabajo del día anterior, y por verlos en tan corto número y saber que muchos de sus caballos estaban heridos. De esta manera, de una y otra parte concurrían en el mismo pensamiento, mas los Indios creían firmemente que no se les escaparían los cristianos.

§ X

Viene nueva de la victoria alcanzada por los españoles hasta poner en fuga al ejército indio. A Chilichuchima le mandan echar una cadena al cuello teniéndolo por traidor. Pasan por Rimac y allí se reunen y luego todos juntos van á Sachisagagna (23) y queman á Chilichuchima.

Estas nuevas alcanzaron al Gobernador cerca del último río, como queda dicho, el cual sin mostrar alteración en el semblante las comunicó á los diez de á caballo y veinte peones que traía consigo, consolándolos á todos con buenas razones que les exponía, aunque ellos se turbaron mucho en su ánimo, pensando que pues una corta cantidad de indios respecto al número ponderado había maltratado de tal modo á los cristianos en la primera acción, mayor guerra les habrían dado al otro día teniendo los caballos heridos y sin haber llegado todavía á los

(23) Xaquixaguana ó Sacsahuana.